LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 14

¡TESSA Y LAS SIETE OFICINAS DEL QUESO EXTRA!

UNA EMERGENCIA MUNICIPAL DE HAMBURGUESAS



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 14

¡Tessa y las siete oficinas del queso extra!

UNA EMERGENCIA MUNICIPAL DE HAMBURGUESAS

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Una loncha más



Tessa quería una hamburguesa de chili con queso.

No una cualquiera. Una con pan tostado, salsa picante, cebolla, una buena carne y tanto queso que, con el primer bocado, al menos una servilleta encontrase su misión en la vida.

Entró en la hamburguesería de la plaza de Goldhain, se acercó al mostrador y pidió exactamente eso.

«Con queso extra», dijo.

El joven de la caja introdujo el pedido. La máquina pitó. Volvió a intentarlo. Pitó por segunda vez y mostró un símbolo amarillo.

«Hoy el queso extra necesita autorización».

Tessa esperó la risa.

No llegó.

El cajero sacó una tira estrecha de la impresora. «Por la nueva ordenanza sobre construcciones lácteas de varias capas».

«Quiero una loncha de queso».

«Una loncha adicional».

«Eso suele ser lo que significa extra».

El cajero señaló al otro lado de la calle. Junto a la entrada del ayuntamiento había un cartel con una rueda de queso y siete flechas.

«Necesita la aprobación de las oficinas competentes. Después le preparo la hamburguesa de inmediato».

Tessa cogió el papel.

«¡Idiota!», gritó su tic.

El cajero asintió. «La ordenanza, sí».

Tessa miró el ayuntamiento y después la hamburguesa bajo la campana de cristal. Tenía hambre. El hambre convertía las distancias en cordilleras y los formularios en adversarios personales.

Se ajustó la chaqueta de cuero.

«Mantenla caliente», dijo.

Y cruzó la calle.

I. La antesala

◇



El ayuntamiento de Goldhain tenía siete oficinas competentes en queso extra y ni un solo cartel que explicara en qué orden había que visitarlas.

En la antesala, la señora Klee estaba sentada detrás de un mostrador. Ante ella había tres sellos, una máquina de números y una planta que parecía llevar años esperando una firma.

Tessa dejó el recibo.

La señora Klee lo leyó. «Hamburguesa de chili con queso, loncha adicional. ¿Consumo en el local?»

«Sí».

«¿Con trayecto de transporte?»

«Cuatro metros hasta la mesa».

La señora Klee marcó una casilla. «Entonces necesita el formulario QU-7, el anexo de picante, la certificación de estabilidad y la confirmación provisional del precio».

Entregó a Tessa una hoja fina.

«¿Eso es todo?»

La señora Klee abrió un cajón y sacó una carpeta.

La carpeta cayó sobre el mostrador como un ladrillo.

«Eso es todo».

Tessa hojeó las páginas. La primera pedía nombre, dirección y cantidad de queso deseada. La segunda preguntaba si era probable que el queso conservara su forma durante el consumo. La tercera incluía un campo para el efecto emocional previsto.

Tessa escribió: Satisfacción.

«¡Idiota!», gritó su tic en dirección a la planta.

La señora Klee no levantó la vista. «Le gustaría ser una palmera. No hablamos de ello».

La señora Klee empezó a caerle un poco bien a Tessa.

La señora Klee le explicó la ruta con un plano. Las siete salas no estaban en orden. La primera se encontraba en la planta baja, la segunda en el segundo piso, la tercera abajo otra vez y la cuarta en el sótano. La quinta estaba en el edificio anexo, la sexta junto a la antesala y la séptima arriba del todo.

«¿Por qué?», preguntó Tessa.

«Ha crecido así con la historia».

«¿Puede encoger otra vez con la historia?»

La señora Klee puso sobre la carpeta un lápiz y un rollo de tiritas. «De momento no existe ninguna solicitud para ninguna de las dos cosas».

Tessa dibujó la ruta sobre el plano. Parecía el programa de entrenamiento de una boxeadora que hubiera insultado personalmente a una escalera. Después numeró los formularios, sujetó el recibo con un clip y fue a la primera oficina.

II. Primera oficina - Modificaciones de pedido

La primera oficina gestionaba cambios en pedidos de comida ya realizados.

El señor Brück llevaba chaleco y clasificaba solicitudes en tres cestas: antes, después y demasiado tarde. Puso la de Tessa en antes.

«¿Pidió la hamburguesa sin queso extra y luego modificó el pedido?»

«La pedí con queso extra desde el principio».

El señor Brück sacó la solicitud y la puso en una cuarta cesta bajo la mesa.

«Entonces no es una modificación».

«Bien».

«Entonces no soy competente».

Tessa inspiró. En el boxeo se aprendía a no desperdiciar energía contra el aire.

«El papel dice que necesito su sello».

El señor Brück examinó la casilla. «Es una certificación de no modificación. De eso sí soy responsable».

Cogió el sello más grande, lo presionó contra una almohadilla y lo colocó exactamente en la casilla prevista.

«¿Confirma que no se cambió nada?»

«Correcto».

«¿Aunque yo quisiera queso extra desde el principio?»

«Precisamente por eso».

Tessa cogió la carpeta. «¡Tonto!»

El señor Brück levantó una mano para calmarla. «El sistema».

«El sistema», confirmó Tessa.

Estaban de acuerdo. No ayudaba, pero ahorraba una explicación.

III. Segunda oficina - Clasificación de productos lácteos

La segunda oficina olía a papel y a queso muy suave.

La señora Wendel, de la Oficina de Clasificación de Productos Lácteos, quería saber de qué variedad se trataba.

Tessa llamó a la hamburguesería.

El cajero leyó el paquete. «Preparado de queso fundido con sabor a cheddar».

La señora Wendel se subió las gafas. «¿Preparado o loncha?»

«Las dos cosas», dijo el cajero.

«Es posible desde el punto de vista alimentario, pero inconveniente desde el punto de vista de los formularios».

Tessa sostuvo el teléfono entre los dos. «¿Podemos llamarlo queso?»

La señora Wendel abrió un directorio grueso. Pasó de Queso alpino a Queso de mantequilla, de allí a Productos similares al cheddar y finalmente a Productos que forman hilos cuando están calientes.

«¿Cuánto miden los hilos?»

«Todavía no tengo la hamburguesa», dijo Tessa.

«Entonces necesitamos una previsión».

El cajero puso una loncha de prueba sobre la plancha. Después de un minuto la levantó con una espátula y calculó doce centímetros.

La señora Wendel anotó doce. «Menos de quince. Categoría M-dos».

Selló la solicitud.

«¿Eso influye de alguna forma en la autorización?», preguntó Tessa.

«No. Pero ahora sabemos qué estamos autorizando».

Tessa cerró la carpeta. Su estómago rugió tan fuerte que la señora Wendel selló también el anexo por precaución.

IV. Tercera oficina - Coordinación del picante

La tercera oficina estaba al final de un pasillo más largo que la calle entre el ayuntamiento y la hamburguesería.

El señor Paprika dirigía la Oficina de Coordinación de Picante y Productos Lácteos. Sobre su escritorio había frascos con guindillas de tamaño creciente.

«El queso reduce el picante», explicó. «Una loncha adicional cambia el equilibrio».

«Entonces haga la salsa más picante».

El señor Paprika palideció. «Eso sería una modificación del pedido».

Tessa mostró el sello de la primera oficina. «La modificación ha sido certificada como no modificación».

Leyó dos veces la casilla. «Impresionante».

Tessa tuvo que hacer una prueba de sabor. El señor Paprika preparó tres cucharadas diminutas de salsa: suave, media y municipalmente responsable. Tessa probó las tres.

«La última».

El señor Paprika le ofreció agua.

«No la necesito».

Le lloraban los ojos. Aun así sonrió.

«¡Tonto! ¡Cara de pez!», gritó su tic con la claridad de una campana oficial.

El señor Paprika acercó el agua. «¿La guindilla?»

«No. Mi tic».

«Entendido». Puso el sello. «Para el expediente: la guindilla no se ha sentido ofendida».

Tessa bebió un sorbo después de todo.

En el pasillo, su estómago volvió a rugir. Esta vez, un archivador respondió con un suave eco metálico.

V. Cuarta oficina - Estática de hamburguesas

El Departamento de Alimentos Multicapa estaba en el sótano.

La ingeniera Leyla estudiaba planos de tartas, sándwiches y un pan de asociación de siete pisos. Al ver a Tessa, apartó un pequeño nivel de burbuja.

«¿Capa adicional de queso?»

«Una».

Leyla tomó las medidas de la hamburguesa. Diámetro del pan, altura de la carne, distribución de la cebolla, migración prevista de la salsa. El cajero envió fotografías desde cuatro ángulos.

En el papel apareció la sección transversal de un edificio.

«El problema no es el peso», dijo Leyla. «Es la superficie de deslizamiento».

«Sujetaré la hamburguesa».

«¿Con las dos manos?»

«Por supuesto».

Leyla le entregó una declaración de manejo adecuado de hamburguesas. Tessa firmó que levantaría la hamburguesa con dos manos, no la inclinaría más de treinta y cinco grados y evitaría una presión lateral excesiva.

«¿Qué ocurre si se escapa el queso?»

«Me lo como».

Leyla lo pensó un instante y añadió: evacuación controlada mediante consumo.

La certificación de estabilidad recibió un sello rojo.

Tessa contempló el dibujo técnico. «¿Puedo quedármelo?»

«Cuando termine el procedimiento».

Por primera vez aquel día, una oficina le prometía algo que de verdad quería.

Leyla realizó además una prueba de carga con un modelo. Dos discos redondos de madera representaban el pan, un trozo de fieltro la carne y una lámina brillante el queso. Inclinó la estructura a veinte, treinta y, por último, treinta y cinco grados. A treinta y seis, la lámina se deslizó por un lado.

«¿Lo ve?», dijo Leyla.

«No voy a comerme la hamburguesa con un transportador de ángulos».

«No hace falta. Tiene manos firmes».

Tessa se lo tomó como un cumplido. Leyla dibujó dos pequeñas flechas a los lados de la sección y declaró el agarre con ambas manos como medida de seguridad preferente. La hamburguesa era oficialmente estable siempre que Tessa la sujetara en persona.

VI. Quinta oficina - Justicia de precios

En la quinta oficina se examinaba el precio.

Una loncha adicional costaba ochenta céntimos. El funcionario, el señor Pfennig, debía determinar si aquella cantidad guardaba una relación razonable con el peso, el grado de fundido y el efecto emocional.

Pesó una loncha de referencia.

«Veinte gramos».

«Bien», dijo Tessa.

«A ochenta céntimos, son cuatro céntimos por gramo».

«También bien».

El señor Pfennig sacó una tabla. «El valor municipal de referencia se encuentra entre tres y cinco céntimos. Ha indicado satisfacción como efecto emocional. ¿En una escala del uno al diez?»

Tessa pensó en la hamburguesa que llevaba más de una hora manteniéndose caliente. «A estas alturas, doce».

El señor Pfennig anotó diez porque el formulario no admitía más.

«¿Desea presentar una reclamación contra el límite?»

«No».

«Eso sería en la primera oficina».

«No».

Selló el formulario. Después ofreció a Tessa una galleta.

Ella la aceptó. Sabía a cartón, pero al parecer era sencilla desde el punto de vista legal.

El señor Pfennig dejó otras dos ante ella. «Para el camino».

Tessa se lo agradeció. La burocracia no estaba hecha solo de formularios. También estaba hecha de gente que sabía lo lejos que quedaba la séptima oficina.

VII. Sexta oficina - Compatibilidad pública

La sexta oficina comprobaba si las cantidades adicionales de queso perjudicaban el bienestar público.

La señora Harmonie estaba sentada en una sala luminosa con doce sillas vacías. Allí se celebraban normalmente las audiencias. Nadie había aparecido por la loncha de queso de Tessa.

«No ha habido objeciones», dijo la señora Harmonie.

«¿Quién debía presentar una objeción?»

«Vecinos, asociaciones de consumidores, opositores al queso».

«¿Alguien lo sabía?»

«La solicitud estuvo once minutos en el tablón».

Tessa recordó una hoja en la escalera. Había pensado que era un plano de evacuación.

La señora Harmonie estaba a punto de cerrar la sesión cuando se abrió la puerta. Mina entró con una manta sobre los hombros y una taza de cacao en la mano.

«Me han llamado como representante del público».

Tessa la miró. «¿Quién?»

«Lena. Dice que llevas hora y media en el ayuntamiento por culpa del queso».

La señora Harmonie pidió la declaración de Mina.

Mina se sentó. «Más queso está bien siempre que yo no tenga que levantarme».

«El consumo tendrá lugar en la hamburguesería».

«Entonces no tengo objeciones».

La compatibilidad pública había quedado demostrada.

Mina dio a Tessa un trozo de chocolate para el camino y no la acompañó. Había cumplido por completo su función como democracia.

VIII. Séptima oficina - El último sello

La séptima sala estaba en el último piso. La escalera tenía noventa y siete peldaños y un ascensor con un cartel que decía temporalmente fuera de servicio.

Tessa subió.

En el peldaño cuarenta y tres, su tic gritó «¡Idiota!» por el hueco. El eco respondió desde varias plantas. En el ochenta, Tessa llevaba la carpeta como un cinturón de campeona. En el noventa y siete, estaba dispuesta a sellar personalmente el edificio.



Tras la última puerta estaba la alcaldesa Amsel.

«Queso extra», dijo, señalando la carpeta.

Tessa la dejó sobre la mesa.

La alcaldesa revisó seis sellos, tres anexos y el dibujo técnico. Después se detuvo en la primera página.

«Falta la duración prevista del consumo».

Tessa miró la casilla vacía.

«Cinco minutos».

«¿Con esta estructura?»

«Cuatro».

La alcaldesa escribió de cuatro a cinco minutos. Abrió un pequeño estuche. Dentro estaba el séptimo sello, pesado y brillante.

«Con esta autorización puede consumir una loncha adicional de preparado de queso fundido de categoría M-dos sobre una hamburguesa de chili con queso y picante municipalmente responsable».

El sello cayó.

El sonido resonó por la sala como la campana al final de un asalto de boxeo.

Tessa sonrió. «Por fin».

La alcaldesa le devolvió la carpeta y abrió un segundo cajón. Dentro había pequeñas tarjetas para recorridos administrativos completados con éxito. La de Tessa tenía siete círculos vacíos. La alcaldesa selló cada uno por separado.

«¿Es necesario?», preguntó Tessa.

«No. Es un reconocimiento».

Al llegar al séptimo círculo, la tarjeta pesaba tanto por la tinta que se curvaba por los bordes. Aun así, Tessa se la guardó. Quien había sobrevivido a siete oficinas podía llevarse un trofeo, aunque fuese de cartón.

«También podría haber dicho que no», observó la alcaldesa Amsel.

«¿Al queso?»

«Al procedimiento».

Tessa recogió la carpeta. «El procedimiento debería haber dicho que no».

IX. El recibo desaparecido

De camino hacia abajo, Tessa revisó la carpeta.

Tenía los siete sellos. Pero la estrecha tira de recibo con la que había empezado todo había desaparecido.

Sin ella, la hamburguesería no podría identificar el pedido.

Tessa se detuvo en el rellano.

El hambre en su interior quedó muy quieta.

Registró todos los bolsillos, todos los anexos y el envoltorio de las galletas. Nada.

Entonces volvió sobre sus pasos. Oficina seis: ningún recibo. Oficina cinco: solo migas. Oficina cuatro: dibujos técnicos. Oficina tres: una mancha roja de salsa, pero ningún comprobante.

En la segunda oficina, la señora Wendel encontró una tira estrecha dentro del directorio de quesos. Había terminado como marcapáginas en Productos que forman hilos cuando están calientes.

«Es suyo».

Tessa lo cogió con ambas manos. «Acaba de salvarme la vida».

La señora Wendel sonrió. «Desde el punto de vista de los formularios, solo he devuelto documentación ajena».

Tessa guardó el recibo en el bolsillo interior de la chaqueta y cerró la cremallera.

Algunas lecciones necesitaban siete oficinas.

X. El camino de vuelta

Cuando Tessa salió del ayuntamiento, la tarde casi había terminado.

La señora Klee levantó la mano desde la antesala. El señor Brück estaba por casualidad junto a una ventana. La señora Harmonie bajaba las escaleras con un expediente. Poco a poco, varios funcionarios miraron desde puertas y ventanas.

Habían acompañado la solicitud. Ahora querían comprobar si el queso llegaba a su destino.

Tessa cruzó la plaza. Llevaba la carpeta bajo un brazo y el recibo seguro dentro de la chaqueta. Al otro extremo, la hamburguesería brillaba como una posada después de un largo viaje.

El cajero la vio acercarse y encendió la plancha.

«¿Todos los sellos?»

Tessa dejó la carpeta sobre el mostrador.

Él hojeó las páginas. Abrió mucho los ojos. «Ha estado de verdad en todas partes».

«Pon. El. Queso. Encima».

«Por supuesto».

Cogió la hamburguesa preparada, puso una loncha fresca sobre la carne y esperó a que se fundiera. Después llegó la loncha adicional.

Descendió lentamente sobre la primera, brillante y perfectamente autorizada.

Siete ventanas del ayuntamiento contemplaron la operación.

XI. La entrega

La hamburguesa llegó en un plato. A su lado había patatas fritas, dos servilletas y el dibujo técnico que Leyla había enviado mediante un mensajero.

Tessa se sentó.

El cajero añadió una tercera servilleta. «Por si acaso».

Tessa cogió la hamburguesa con las dos manos, como exigía la certificación de estabilidad. El pan no se inclinó. La salsa permaneció dentro del margen permitido. Un hilo de queso se estiró unos doce centímetros.

Categoría M-dos.

Tessa dio un bocado.

El queso estaba caliente. El chili picaba. La cebolla crujía. Por un instante desaparecieron el ayuntamiento, los formularios y los noventa y siete peldaños.

«¿Y?», preguntó el cajero.

Tessa masticó. Después levantó el pulgar.

Desde fuera llegaron aplausos. La señora Klee, el señor Brück, la señora Wendel, el señor Paprika, Leyla, el señor Pfennig y la señora Harmonie estaban delante del escaparate. Incluso se veía a la alcaldesa Amsel arriba en el ayuntamiento, levantando el sello.

Tessa tragó.

«¡Idiotas!», gritó su tic con cariño hacia toda la administración.

Siete personas hicieron una reverencia.

XII. La reforma

El caso se debatió en el ayuntamiento a la mañana siguiente.

No porque algo hubiera salido mal. Precisamente porque todo había seguido las normas al pie de la letra.

Siete oficinas habían trabajado durante dos horas para permitir que se colocaran veinte gramos de queso sobre una hamburguesa. La alcaldesa lo calificó de «ejemplar y ampliable», aunque nadie sabía qué parte debía ampliarse.

Durante la reunión, la carpeta de Tessa estaba en el centro de la mesa. La señora Wendel había llevado muestras de queso. El señor Pfennig había calculado el coste de cada inspección y después había vuelto a tapar rápidamente el total. La sección de Leyla colgaba de la pared como el plano de un puente nuevo.

La señora Harmonie leyó la declaración de Mina. Más queso está bien siempre que yo no tenga que levantarme. La frase fue elegida por unanimidad como principio rector de la reforma, aunque Mina no se enteró hasta más tarde.

El señor Brück quiso introducir primero una solicitud para abolir la solicitud. La señora Klee le quitó el bolígrafo.

La señora Klee propuso un formulario breve y común. Leyla redujo la certificación de estabilidad a la pregunta de si la hamburguesa se sujetaría con

ambas manos. El señor Paprika declaró que, a partir de entonces, los cambios de picante bajo una loncha adicional serían aceptables de forma general.

Una semana después, había un nuevo formulario en la hamburguesería.

Tenía una página.

El cajero solo debía marcar: ¿Desea queso extra?

Debajo ponía: Consumo bajo su propia satisfacción.

Tessa recibió el primer ejemplar enmarcado. Guardó la gran carpeta en el gimnasio de boxeo. Pesaba lo suficiente para servir como carga de entrenamiento.

En el primer entrenamiento la levantó diez veces por encima de la cabeza. En la undécima serie, un anexo se desprendió y planeó hasta el suelo. Era la declaración de manejo adecuado de hamburguesas.

Tessa enmarcó también aquella hoja. No porque fuera útil, sino porque nadie creería que existía.

Los demás escucharon la historia en el gimnasio. Después pidieron hamburguesas juntos. Tres querían queso extra. El cajero hizo tres marcas sin

mirar siquiera el ayuntamiento.

A Tessa le pareció algo casi inquietantemente hermoso.

No cayó ningún sello. No se alargó ningún pasillo. Solo se fundió el queso, como llevaba haciendo desde siempre sin supervisión municipal.

En la parte trasera ponía: SIETE OFICINAS - UNA LONCHA.

Esta vez, el texto no era oficial.

Pero era correcto.

Final - Otra loncha

Unos días después, Tessa volvió a la hamburguesería.

El cajero sonrió. «¿Lo de siempre?»

«Chili con queso, queso extra».

Cogió el nuevo formulario, marcó una casilla y puso la loncha adicional sobre la plancha.

Todo el proceso duró once segundos.

Tessa estaba ante el mostrador sin saber qué hacer con toda la disposición para el combate que le sobraba. Ningún pasillo. Ningún sello. Ninguna audiencia. Ni siquiera una galleta.

Se sentó junto a la ventana con la hamburguesa.

Al otro lado de la calle, la señora Klee miró hacia ella y levantó la taza de café. Tessa levantó la hamburguesa. Dos veteranas de una reforma muy pequeña se saludaron.

Tessa dio un bocado.

El queso formó un hilo de trece centímetros.

Lo examinó.

«Categoría M-dos», murmuró.



El cajero se inclinó sobre el mostrador. «¿Quiere otra loncha?»

Tessa miró el ayuntamiento.

Siete ventanas parecieron de pronto atentas.

«No», dijo.

Después pensó en el sabor, en la carpeta y en la alcaldesa con el sello.

«Bueno… quizá».

En algún lugar del ayuntamiento cayó una planta.